

levantándola luego suavemente entre mis brazos, he separado los rizados bucles de sus cabellos y lavádole la frente; con una larga venda de lino puro he cerrado la herida más grave de su costado, y en seguida he vuelto á poner cuidadosamente el cuerpo en el lecho, temblando, como si mi mano hubiese tocado una criatura dormida envuelta en sus mantillas, ó como un vil mortal que tocara los ángeles!

.....

8 de Diciembre, por la noche.

Ella ha dirigido en torno suyo una vaga mirada, y luego me ha dicho con tierno y apagado acento:

—¡Con que es cierto! ¡sabes ya!... ¡ah! si sólo me queda una hora de vida, perdóname, Jocelyn, y no importa luego que muera! Te he engañado: así lo quiso mi padre: yo debía respetar mi juramento absoluto! En sus últimos momentos, me prohibió revelar á nadie mi sexo, y hasta á tí mismo; y ya fuese porque creyera ménos expuesta la vida de su hija bajo este traje que debía protegerme, ó por cualquier otra prevision que ignoro, yo debía prestar ciega obediencia á sus órdenes. ¡Ah! ¡Cuánto me ha costado ocultarme á tí! Yo debí pensar que así ultrajaba tu lealtad, que no éramos dos, que mi alma y la tuya han de vivir unidas y pertenecerse mútua-



A MENUDO PASO ALLÍ DIAS ENTEROS MEDITANDO.

mente. ¿Debería confesártelo? Muchas veces he pensado en ello, muchas estuve ya resuelta á hacerlo y otras tantas lo pensé de nuevo; pero siempre, en el momento de revelar mi misterio, no sé qué mano sellaba mis labios; sin embargo, ya habia esperado demasiado; ya no podia ni me atrevia á esperar más; mi frente, cubierta de rubor, estaba enrojecida y confusa; además, yo conocia tu vida y tu piadosa infancia, y temia el efecto de esta revelacion; me daba miedo la mirada que me dirigirias, el acento de tu voz, las glaciales palabras que saldrian de tu boca. Y estas palabras eran la vida ó la muerte para mí! ¡Habria muerto á tus piés si me hubieras despedido de tu lado! ¡Oh! ¿Podría yo arriesgar en tan terrible alternativa, cien veces más que mi vida al hacerte una confesion prematura? Antes hubiera preferido echarme en brazos de ese mismo destino que me habia conducido á tu lado desde tan léjos, gozar del bien que cada día me deparaba y dejarlo todo para más adelante, esperarlo todo de Dios, de las circunstancias, de la casualidad. ¡Ay! Cuán pronto se ha presentado esa fatal casualidad. Pero si tu mano se cierra, si tu corazon vacila, al ménos no lo sabré, Jocelyn!... He buscado la tempestad y la muerte siguiendo tus pasos! He corrido con alegría al encuentro de la muerte por ir en tu pos; de mí sola se apodera el abismo, y á tí te deja con vida. Ya lo sabes todo; pero me muero! Dí, ¿me perdonas?

¡Oh! ¿Tienen esta virtud los ángeles del cielo? ¿Pueden mostrarse despiadados para consigo mismos y desgarrarse con sus propias manos en el corazón que los ama? En cuanto á mí, débil mortal, hecho de sangre y carne, no pude átentar contra mí propio atentando á la vez contra un sér tan querido, y haciendo refluir el amor al seno que de tal modo me expresaba el suyo, le dije:

«¡Oh sí! Te perdono el amor que en tí deposito y el que me has entregado; niño ó hermana, pobre sér desamparado; te aplico todos los nombres sagrados con que se adoran los hermanos... te amo, é invento todavía otros. ¡Ah! Vive para oírlos y repetirlos todos! ¡Qué Dios nos ilumine y disponga de nosotros en este cielo al que tan precozmente nos habia conducido su mano; vivamos en su presencia cual dos espíritus puros, y dejemos á él solo el cuidado de dar nombre al amor ó á la amistad con que deberemos amarnos!»

.....

9 de Diciembre de 1794.

Hubiérase dicho que su vida manaba de mi boca, y que su corazón levantaba la ropa de su lecho.

—¡Cuánto bien me has hecho! exclamó! ¡Oh qué felicidad! ¡Oh sí! ¡Si hasta aquí no éramos más que

amigos, en adelante seremos hermano y hermana! ¡Hermano! ¡Hermana! ¡Si hay otro nombre más tierno todavía, déjame buscarlo para hacer que resuene en tus oídos! ¿De veras me sigues amando después de la fatal revelación?

—¡Siempre á tí!... Y sin embargo, Laurencia, hiciste mal en engañarme: se debe decir la verdad á aquel á quien se ama: con tu silencio me exponias á engañarme á mí mismo; á tomar sin saberlo, un día y otro á tu lado, por santa amistad algun culpable amor: á aspirar en tus ojos y en esta soledad la embriagadora costumbre de gozar de una dicha sobrehumana, y cuando me hubiera sido forzoso huir y no verte más, á morir de vergüenza ó de desesperación; pues aún cuando todavía no me liga ningun voto á los altares, bien sabes que he consagrado á ellos mi vida: la promesa que he hecho al Señor me destinaba á servirle, y ¿quién sabe si puedo faltar á ella? ¿Quién sabe si puedo abandonar con honra su causa cuando como hoy la riega la sangre del martirio, apartarme del seno de la Iglesia donde he entrado y pertenecerme á mí mismo, sin que Dios me haya devuelto mi libertad? Para saber qué decisión debo esperar del cielo, necesito oírla de boca de los obispos. Mas por ahora no pienses sino en vivir: la roca se ha derrumbado, nadie puede acercarse aquí antes que el próximo estío, vaciando el agua del precipicio, haya reunido de nuevo el valle á la cima; tan sólo el águila

puede cruzar el abismo, y el Señor nos condena á la felicidad por espacio de meses enteros.

—Viviré, Jocelyn, lo conozco, dijo ella; ¡oh! tu voz me hace volver desde el seno de la muerte: viviré dichosa siempre, siempre, siempre! ¿Qué me importan los votos que pueden encadenar tus días, tu trabajo en este mundo, el pan de que vivas y el camino por donde vayas? Si Dios me permite que te siga por él, si en cualquier parte te veo y te oigo como aquí, si marchó al amparo de tu sombra y me despierto á tu voz, si soy por do quiera tu hermana ó tu servidora, todo lo demás me place ó me es indiferente: tú me amas, y esto me basta: tú lo has dicho! Poco me importa qué pertenezcas por entero al universo, con tal que tu corazón sea mio!

.....

La misma fecha, mas tarde.

—Pero tal vez ignoras, insistí yo, que Dios condena el corazón del sacerdote á eterna viudez, que le veda los dulces nombres de amante y esposo, y que no puede pertenecer á nadie exclusivamente para que pueda ser de todos: que si Dios me quisiera enteramente para su santo servicio, tendría que beber mi sangre en ese cáliz, y sería preciso que nos acostubrâsemos algun día á vivir el uno sin el otro!

—¡En ese caso, escucha, me contestó; vale más matarme! Pero ¿en qué piensas? Ese Dios que nos reúne, ¿no nos ha puesto aquí juntos, solos, perdidos, uniéndonos en comun destierro más de lo que nunca unió dos corazones, ó confundió dos destinos en uno? ¿No me ha arrojado á tus piés, á la manera que se encuentra un niño abandonado, al cual se le comunica el calor maternal que le falta y se le cuida? ¿Me dejarás entregada, fria y muerta, á mi suerte? ¿Le dirás: «Señor, mi único hermano ha muerto»? ¿Le ofrecerás á modo de incienso mi vida y la tuya? ¿No maldicirá tan abominable ofrenda? ¿No suscitará en tí remordimientos en nombre mio? ¡Oh, no! Su voluntad no es un vano problema. Yo fío en la sentencia que él mismo ha pronunciado, en el completo aislamiento en que nos deja en este desierto, en el solo corazón que su mano me ha abierto en la tierra, en este trastorno de las cosas terrenales que hace involuntaria nuestra misma felicidad. ¡Ah, sí! Gracias á ese Dios, mi dicha es tu ley: sin mí, ni ventura ni virtud en este mundo.»

Yo vacilaba: entónces ella puso dos dedos sobre mi boca, y atrayéndome á sí con la otra mano, me dijo:

—Júrame, júrame, oh Jocelyn, á mí, á tu pobre hermana, á tu huérfana, jura ante Dios depararme esa felicidad dispuesta por él! Yo á mi vez juro morir si me abandonas! Presiento que mi vida ó mi muer-

te, ahora en suspenso, van á salir de tu corazon en la palabra que aguardo!

Y sus ojos, fijos en los míos, su boca entreabierta, imploraban, aspiraban su triunfo ó su pérdida. ¡Ah! Todo mi corazon intercedía por ella en mi pecho; una mirada le sirvió de prenda de mi fé, y mis labios, aplicados á su mano, la retuvieron á la vida con una sola palabra!

.....

12 de Diciembre de 1794.

Desde entónces se va restableciendo por momentos; hoy ha dejado el lecho por primera vez, y con vacilante paso, apoyada en mi brazo, ha querido andar por la nieve seca: ¡oh sol de Diciembre! ¿alumbraste alguna vez en estas cumbres una flor de invierno más pálida?

¡Cuánto me halagaba sentir el peso de su debilidad, llevar sobre mi seno ese hermoso cuerpo extenuado, pensar que sin mí sus pasos, sus débiles pasos no hubieran podido sostener lo que se apoyaba en mi brazo, allanar el camino, romper el hielo ó la nieve endurecida, por temor de que su hermoso pié, blanqueado por ella, tuviera que levantarse demasiado para cruzarla! ¡Y cómo me embriagaba su mirada, su sonrisa, la dicha que trascendía á sus facciones, el

suave latido de su corazon que percibia en mi brazo á pesar de su ropa, tierna compensacion de los solícitos cuidados que mi cariño me dictaba y que venían á ser otras tantas caricias para mí!

.....

6 de enero de 1795.

El contento, el reposo, la renovacion de su sangre, y la naturaleza, han cerrado en breve su última herida: su rostro, un tanto pálido, ha recobrado sus colores; el hálito de la vida ha bebido de una vez su llanto, como en la rosa, donde flota todavía la lluvia, un rayo hace brillar la gota que enjuga. ¡Ah! Si no hubiera sido por lo que sufría ese ángel, mi corazon echaría de ménos, aún en medio de mi felicidad presente, las interminables noches que he pasado á la cabecera de su lecho contando tembloroso los soplos de su aliento, y los latidos del pulso levantados por el corazon, pasando mi mano por su sudorosa frente, dando vuelta á su cuerpo postrado por la fiebre, humedeciendo sus labios con agua fresca vertida gota á gota, volando á su lado si la oía gemir, viendo cómo se cerraban sus ojos, oyéndola dormir; ó cuando el sueño abrumador, rebelde á mis súplicas, huía de sus párpados agitados por algun ensueño, acudiendo á la voz de aquella criatura asusta-

da, apoyando mi codo en el borde del lecho, y á fin de adormecerla un poco, buscando en mi memoria ó en mi corazon alguna conmovedora historia de amantes olvidados del mundo como nosotros, haciéndose de sí mismos y de sus corazones un mundo suficiente, perdidos bajo la mirada de Dios en su vasta naturaleza, llevados por el azar á alguna isla sin nombre, como las que un amante ve en matinales sueños ó como las que canta una madre meciendo á su hijo: viendo luego pasar por su frente el terror ó el júbilo que humedecian con el llanto sus sedosas pestañas, mientras yo me entretenia enlazando entre mis dedos los suaves rizos de sus blondos cabellos.

.....

Febrero de 1795.

¡No sé qué timidez, parecida al sentimiento de nuestra desnudez, se apodera á veces de mi alma en su presencia, y sella mis labios pensando que es una mujer! ¡Pero ella, en su casto candor, no siente esta vergüenza de los sentidos que me sube al corazon; su ingenuo sentimiento ha cambiado de nombre, pero no de naturaleza, en aquella alma tan pura: siempre es el ardiente cariño del niño, sin más que un pensamiento y una pasion, y sin sospechar, en su sencilla ignorancia, que ante Dios el amor no sea siempre

inocencia! Por el contrario, desde que nos hicimos nuestras mútuas promesas, está mas cariñosa y ménos reservada que ántes: la virgen se confia con ménos abandono que ella al hermano que adquirió en el mismo seno la vida; no comprende por qué soy yo ménos franco desde aquel dia teniendo más amor, y por qué rechazo con temblorosa mano la impresion, halagüeña en demasia, que sus labios producen en mi frente.

Por mi parte, no puedo sostener como antes esas miradas con que el corazon penetra en el corazon, ni sus brazos enlazados á mi cuello, ni su encantadora cabeza dormida como otras veces sobre mis rodillas, ni el contacto de sus cabellos empujados por el viento sobre mi rostro, haciendo que se estremezca como el viento hace estremecer el agua, ni esas palabras cariñosas en que se recrea su amor, ni su mano en mi mano, ni su frente sobre mi mejilla. ¡Y cuando, como un niño que juega con fuego, retiro mi cabeza y le riño un poco, cuando salgo agitado para respirar el aire puro de la montaña, llora y dice que ya no la quiero, ó se enoja, ó se empeña con obstinacion en seguirme: una sonrisa la tranquiliza y nos reconcilia, y yo la dejo amar y decir, y todo se olvida!

.....

Marzo de 1795.

Para conservarnos puros durante la noche, ante la mirada de Dios, nos despedimos despues de rezar, y cada cual se retira á su solitario lecho, ella sobre la roca, yo fuera, en el suelo, en un oscuro abrigo de musgo y de follaje, que he abierto en un reborde de la peña. Allí, como un perro fiel en el umbral de su asilo, guardo su vida y su sueño, de modo que nada podria llegar á perturbarla sin despertarme antes y pasar sobre mi cuerpo. ¡Oh! Cuánto me halaga sentir, bajo la lluvia ó la nieve, que este abrigo la preserva de los rigores del aire; que custodio á este precio á ese ángel del Señor, á esa doncella sagrada para mí y toda para Él hasta el venturoso día, hasta la hora en que su mano, que bendice lo que se ama, la deposite por sí mismo en mi afanoso seno! ¡Qué dulce pensamiento! Sí: pero tambien, qué lucha!.... Saber que ella está allí, tan cerca, que duerme, qué vela quizás, y que, mecida por el amor, da vueltas cien veces en su mente á la misma idea! ¡Que únicamente el ángel de Dios ve sus castos atractivos! ¡Que entre el cielo y yo no hay mas que un paso!

¡Oh! ¡Cuántas veces, levantándome de mi lecho abrasador, ahogando en mi boca el grito de mis deseos, como un insensato que se levanta á media noche, y huyendo por la nieve de la imágen que me persigue cual ciervo extraviado que busca á su compañera, vago por la montaña para cansar mi cuerpo,

aspiro el viento helado en mi inflamado pecho, estrujo los cristales del glaciár entre mis dedos, hasta que rendido de fatiga y de desvelo logro dormir un momento en mi rústico lecho! Pero, despierto en breve por amorosos ensueños, aguardo impaciente la llegada del nuevo día, el momento en que Laurencia, despierta á su vez, y vestida en la oscuridad de la gruta, salga, con sus hermosos ojos soñolientos todavía, á darme como buena hermana su abrazo matinal, á llamarme para que me refugie en nuestra abrigada vivienda, y conduciéndome al grato hogar, coja entre las suyas mis manos para calentármelas, junto á un fuego que se conserva durante la noche entre las cenizas!

.....

16 de Marzo de 1795.

No acierto á comprender qué respeto hácia ella se mezcla en mi alma con tanto amor, creciendo diariamente; temeria tocarla con un dedo, como si fuese un Dios; á veces me asaltan deseos de postrarme á sus piés, para que ese sér, rey de toda la naturaleza, me hollara con los suyos como á su humilde siervo; cuanto más tierna es su sonrisa y más dulce me parece su mirada, mayor necesidad siento de caer de hinojos ante ella, de consagrarle mi corazón tribu-

tándole el debido homenaje, y de adorar á mi Dios en esa obra divina. Sin embargo, en su presencia me contengo temblando para no ofender sus sentimientos cristianos; pero cuando ella se baja ó vuelve la cabeza ó anda un momento delante de mí, me detengo, y contemplo su figura con recogimiento, como si fuese un sér etéreo caído del cielo, cuya emanación ilumina hasta á la misma luz y cuya celeste planta honra el polvo que pisa. Sigo con mis piés las huellas de los suyos, como si este contacto los santificara; me recreo ocupando su puesto en el aire en que estaba, como si su paso por él hubiera consagrado el espacio, andando tras su sombra, recogiendo las florecillas de la yerba cuyos colores ha rozado con su cuerpo, respirando el viento que agita sus cabellos, cuando su frente erguida los sacude como una oleada, y el aire que su pecho ha respirado ya, como perfume del corazón aspirado por mi alma. Paréceme que el contacto con lo que adoro me incorpora, á mí, simple mortal, en ese sér divino y que una mirada de sus hermosos ojos podría, si quisiera, elevarme desde la nada hasta los altos cielos! ¡Amor, cuyo misterio tan sólo conocen los amantes, tú haces más todavía, tu mirada pone su cielo en la tierra!

Abril de 1795.

¡Oh! ¡Qué planes forjábamos esta mañana al pié del árbol! ¡Cuánto cree que ha de durar todavía este presente! ¡Cómo me recreaba en verla, con su aspecto enajenado, con sus ojos llenos de ilusiones, que parecían leer en lo futuro, edificar y derribar para levantar de nuevo mil ilusorias sombras de ventura, mil ensueños dorados, para el tiempo en que, saliendo del desierto en que estamos, descendamos del cielo á las moradas de los hombres; ya logremos hallar algún noble resto de sus bienes paternos en su querida casa solariega, donde, en el seno de una suntuosa holgura, podamos difundir el amor de nuestros corazones convertido en benéficas obras; ó ya, desheredados de todo bien en la tierra, labremos un pequeño campo con nuestros brazos, y construyamos una humilde choza en nuestro reducido dominio para albergar en ella nuestros amores; ó bien nos veamos obligados á ganar nuestro sustento en las ciudades, viviendo de un salario fruto de nuestro trabajo; cual pobre pareja que, oculta en alguna desmantelada estancia, bajo cuyo techo anida una alegría desconocida, gana durante el día el dulce reposo de la noche, se retira á descansar al ponerse el sol, y manifiesta á Dios su ardiente gratitud por aquella ignorada felicidad oculta en la indigencia, por poseer aquel casto lecho en que el amor los bendice, por aquellas aves enjauladas que cantan en su nido, por aquellos

hermosos niños que juegan desnudos en el suelo entre sus cunas y los piés de su madre...

.....

Mayo de 1795.

¡Un hijo! ¡Ah! Este nombre extiende un velo sobre los ojos! Un sér que sería ella y yo, nuestra imagen, nuestro amor celestial elevándose del suelo, nuestra union visible en un amor viviente, nuestros rostros, nuestras voces, nuestras almas, nuestros pensamientos condensados en un cuerpo en un arranque de vida, diciéndonos á cada momento mientras jugara delante de nosotros: «Ambos estais mezclados en mí; miradme, yo soy la esencia de vosotros! Soy la dulce hoguera en que vuestras dos llamas han podido crear un alma con sus rayos vitales!» ¡Ah! Este sueño, que sólo Dios podia inventar, el amor únicamente era capaz de realizarlo en la tierra!

.....

Mayo de 1795.

Los días, los meses se suceden unos á otros, y el año rueda ya arrastrado por su pendiente de flores.

Dios mio, á cada momento me prosterno ante vos:
¿por ventura hay soles más dulces en vuestro cielo?

.....



